

evidente. ¡Miseria! — murmuró hablando consigo misma.

—Sí— confirmó Silvio, — ¡miseria! Es cosa pensada, combinada friamente. Es la segunda parte de la escenita, por usted, señora, presenciada y reprobada en casa del modisto...

—Siempre hay algo debajo de estas cosas... — murmuró la dama.

Silvio, en medio de su ira y su confusión, conservaba el sentido del gesto artístico, de la bella actitud. Su instinto le dictaba lo que era preciso decir y hacer para impresionar favorablemente á su repentina amiga. Con sencillez de buen gusto pronunció:

—Nada que ofenda á Madama Porcel suponga usted, Condesa... Caprichos de mujer bonita, antipatías... ¡qué sé yo! Mi situación no es por eso menos crítica. Y, á no recibir de usted el generoso don del interés que me está demostrando...

—Es usted un hidalgo de su patria— declaró afectuosamente la señora.—Sea cualquiera el móvil de la conducta de Espina (no profundizo), esto no se quedará así. ¡Esto no se hace entre nosotras!

—Señora, yo respeto en medio de todo á Madama Porcel, pero no creo que tratándose de usted y de ella, pueda decirse *nosotras*. Cuando una dama como usted dice *nosotras*, debe mirar lo que dice.

La audacia no desagradó á la Pirineos. Concordaba con sus íntimos sentimientos, con protestas frecuentes de su altivez y su decoro ante ciertas promiscuidades y transigencias del mundo. Hay desplantes que son homenajes. Silvio lo compren-

dió al ver que un ligero carmín se extendía por las mejillas, ya algo marchitas, pero limpias de afeitte, de su ilustre interlocutora.

—Acaso tenga usted razón...— articuló.—No he dejado de pensar... En fin, vamos, vamos; he de poner en claro esto... Cuando me acerque á Espina, desviase usted un poco...

Regresaron al jardín de invierno y al salón modernista, tratando de realizar el casi imposible de conferenciar con la dueña de la casa, sin testigos, en medio de una reunión. La gente se retiraba, desfilando discretamente algunos; pero otros se entretenían en despedidas y felicitaciones, preguntando por qué el maestro no había concurrido á recibir enhorabuena, y encargado á Espina que se las transmitiese. Los íntimos, ó que presumen de tales, forman á esta hora piña más compacta, y se arman á la dueña de la casa, para convertir en tertulia alegre lo que era ceremonioso sarao. Valdivia, sonriente, carenado por la cura termal, en apariencia el hombre más feliz del mundo, había abandonado el rincón del fumadero, donde se escondía desde la llegada de Silvio. Al ver que se acercaba la Pirineos, sola ya, buscándola, creyó Espina que trataba de marcharse, pues solía ser de las primeras en hacerlo; pero lejos de corresponder al movimiento de la Porcel, que tendía la mano para expresivo adiós, la Condesa se plantó tranquila, dominando sus nervios.

—¿Nos ha enseñado usted, *ma belle*, todo lo que se proponía hacernos ver esta noche? ¿Estoy mal informada al creer que nos oculta otro delicioso re-

trato, que á fuer de amiga del Sr. Lago —y con doble retintín que en casa del modisto, la gran señora recalcó la palabra,— ardo en deseos de admirar?

Espina, sobresaltada, vaciló un momento. Sus ojos de ágata, que la enfermedad rodeaba de livor disimulado por artificios, se fijaron en Silvio, cortantes.

—¿Otro retrato?—silabeó.—¡Ah! Si, en efecto; perdóneme.

—Pero ¿cómo no ha tenido usted la buena idea de exhibirlo al mismo tiempo que el del Sr. Marbley?—insistió la Condesa, que se decía á sí misma: —“Es muy incorrecto lo que hago... Pero sublevan demasiado ciertas infamias...”

—¡Oh!—dejó caer Espina lentamente.—Para exhibir, para convocarlas á ustedes, tenía que tratarse de un maestro... Lo de Lago es muy mono; un juguete, una fantasía...

—Sin embargo—insistió la Condesa,—el señor Lago esperaba, fundado en palabras de usted...

Hablaba ya fuera de sus casillas, perdido el aplomo á fuerza de indignación:

—Ya sabe Lago que se le protege—declaró alterneramente Espina, que, al contrario, se aplomaba, recogiendo para luchar.—No se puede ir tan aprisa; lo comprenderá, Condesa... No se quejará de mí... Le he presentado á usted, por ejemplo... Lo demás vendrá á su hora...

—¡Me perdonará usted, sin embargo, que insista! Desearía ver hoy mismo el trabajo del Sr. Lago... Esperaré á que la sea fácil complacerme...

Se habían vaciado casi por completo las estan-

cias. Quedaba la Villars-Brancas, que solía navegar de conserva con la Pirineos, la joven Secretaria de la Embajada española, algunos muchachos adoradores y cortejadores de la Porcel en las barbas (sobre todo en las barbas, porque era más divertido) de Valdivia, y en un rincón, fiel á la consigna, Silvio, haciéndose el indiferente, esperando. El brasileño se había evaporado; no se le veía. Espina, escudándose en sus añiñadas versatilidades, rió, y acercándose á la Pirineos, murmuró condescendiente:

—Ya que usted se empeña...

Hizo una señal al grupo, una indicación graciosa á las damas, y todos la siguieron. Silvio dudó un momento; al fin, lentamente, echó detrás. Se dirigían al piso de arriba, por la linda escalera que arranca de la antesala y que visten tapicerías simbolistas, ejecutadas expresamente para Espina á cartón perdido.

Guiados por ella, entraron en el saloncito verde, cuyo tapizado de seda desaparece bajo brochado de ramas de almendro en flor, y que precede á la rotonda y al tocador de Espina.

Ésta se volvió, animada, chancera, y empezó á deshacerse en excusas verbosas.

—Siento el viaje que les voy á imponer, pero como la Condesa desea ver el retrato ahora mismo... Si no, podrían ustedes verlo mejor una mañana; yo lo bajaría, lo colocaría convenientemente...

—Pues ¿dónde lo ha colocado usted?—preguntó con sarcasmo fino la Pirineos.

—Es una desgracia... Como no tiene uno ya pulgada de pared disponible...

Á esta frase de la Porcel dieron respuesta el ¡oh! exasperado de la Condesa y la risa sofocada de los galanes. Silvio, desde la puerta, oyó. No había medio de no reirse. En todo el salón sólo pendían de la pared dos diminutos y lindísimos grabados.

Silvio, aunque no era camorrista, sintió cosquilleo en las manos, ganas de hartar de bofetadas á los galancetes de la risa... ¿Por qué no se encontraba Valdivia allí? Y la voz de Espina, una flauta de plata, moduló:

—Vengan ustedes, excúsenme... Tengo que llevarles á mis habitaciones enteramente particulares...

Pasaron primero á la rotonda donde la Porcel se tendía y fumaba sobre la meridiana; después al tocador propiamente dicho. La Pirineos murmuró al oído de la Villars:

—¡Qué paseo tan extraño nos hace dar! Se me figura que tendremos que salir de aquí para siempre.

Todo el mundo se deshacía en elogios. Las habitaciones eran una delicia: no se parecían á ninguna otra. Á su despecho, la misma Condesa reconocía el gusto de la dueña, su acierto exquisito.

Se olvidaba el objeto de la excursión, y sobre todo al autor del retrato, á Silvio, rezagado, estremecido, presintiendo ya, sin comprender del todo aún. Iba como entre sueños por aquellas habitaciones que conocía de sobra, y en cuyas paredes buscaba inútilmente su labor... ¿Dónde estaba, no estando allí?... De pronto, Espina hirió un timbre y apareció la doncella de guardia, la mulatifa brási-

leña que mil veces le había servido, de la cual había deseado hacer un boceto al pastel. Espina ordenó, en voz aguda:

—*Eclairtez...*

Y franqueada la puerta interior del tocador, se vió, al fulgir de las luces eléctricas, una especie de ropero, una de esas habitaciones útiles, cubierta de armarios de barnizada y sólida madera, y en un rincón, medio tapado por los armarios que proyectaban sombra, entre una fotografía de jockey y un calendario—evidentemente el museo de la doncella,—el encantador pastel primaveral, el busto de Espina surgiendo del ideal bosque de rosas, al parecer recién cortadas. Hubo un instante de embarazoso silencio. La intención despreciativa que semejante colocación revelaba era patente. Había allí mofa, bofetón. Nadie sabía qué actitud tomar. Al fin, uno de los galancetes rompió á reir, y los demás le hacían coro, cuando la voz de la Pirineos se alzó, dominando la explosión burlesca.

—La felicito y la doy el pésame—articuló conteniéndose para mejor asestar el golpe.—La felicito, por tener tan hechicero retrato; y la doy el pésame, por haberlo colocado donde ni aun sus conocidos podemos verlo, sin arriesgarnos á que nos tache usted de excesiva confianza. Deploro haberla tenido... aunque, bien mirado, á eso debo un hallazgo inestimable. Señor Lago—añadió volviéndose hacia Silvio, más blanco que enyesada pared,—no conocía su trabajo. Si la señora Porcel lucha con la dificultad de no tener sitio en su hotel moderno para una obra maestra, yo me alegraría de enriquecer

con ella el viejo palacio de los Pirineos, ó mi castillo de Alorme, que estoy restaurando. Y si usted, señora Porcel, no quiere deshacerse de esa joya, yo no por eso renuncio á poseer un retrato hecho por el señor Lago. No soy un modelo tan brillante, pero el arte lo vence todo.

Y con un movimiento de "gran aire", de altivez soberana velada en cortesía, la Pirineos tomó el brazo del artista, esbozó una ligera inclinación á la Porcel, sonrió á los demás y se retiró al través de las habitaciones iluminadas, perfumadas, por la escalera "digna de un zapato de raso", saliendo directamente al vestibulo. Allí dijo á Silvio, con quien no había cruzado palabra hasta entonces:

—Hágame el favor de pedir mi abrigo.

Mientras el artista transmitía la orden, en su cabeza sentía como un estrépito de galera; sus arterias saltaban. La excitación nerviosa se desbordaba. Un torrente de sentimientos devastaba su alma impresionable. La vida le parecía otra. Y se asombraba, no de la malignidad de Espina, sino de que aquella malignidad la hubiese él saboreado un día como extraño confite, y la hubiese tenido por signo de elevación en las categorías humanas. Es de las cosas menos lógicas, pero más usuales, que el desarrollo natural de un carácter que conocemos nos sorprenda amargamente cuando nos afecta. Admitimos complacidos, bromeando, un bribón teórico, una bribona abstracta, y empieza la indignación cuando nos traicionan y nos hieren. Ahora le parecía á Silvio que lo verdaderamente distinguido y raro es la bondad, la justicia, la cólera contra

felones y miserables.—Se recreaba en la majestad de una gran señora, que era buena, tres veces buena.

Cuando la ayudaba á subir al coche, alzó hacia ella el rostro, y la Condesa vió que los ojos del artista estaban vidriados por un velo de humedad.

—Niño, niño...—murmuró dulcemente.—Seréne-se usted... Esto pasó... Aquí tiene mi tarjeta para que sepa mis señas. Me encontrará, excepto los jueves, de tres á cinco. Me complaceré en presentarle á mis amigas. Confío en que retratos no le han de faltar.

Y como Silvio, entre un murmullo de respeto y enternecimiento, la besase la mano con unción, lo mismo que en casa del modisto, la Pirineos, firme en su preocupación del español creyente é hidalgo, añadió:

—Estamos en una triste época; y al ver lo que hacemos las mujeres de nuestra justa altivez, no debemos extrañar lo que hacen los hombres de la suya... Yo no olvidaré esta lección. Escogeré mejor en lo sucesivo mis relaciones, y las conoceré, no sólo por la apariencia dorada y la vanidad frívola, sino por lo que no puede engañar, por su origen y sus antecedentes... Usted es extranjero, de un país noble, heroico. No crea que este tipo de mujer se parecía al de la aristocracia francesa.

Tomó de los fuelles de piel de su berlina el *car-net* donde apuntaba sus visitas, y buscando rápidamente el nombre de la Porcel, lo rayó con un rasgo enérgico del lapicerito de oro.

—Adiós, hasta lo más pronto posible—añadió

entre una sonrisa y un saludo de la mano; y para dar fin á la escena, ordenó al lacayo:

—¡Á casa!

Silvio se quedó de pie en la acera, palpitando de un gozo y de una esperanza que le movían á alzar los ojos hacia el firmamento, alto, estrellado y frío, con ese gesto que hacemos involuntariamente para referir nuestras grandes emociones á algo mayor que ellas, á lo verdaderamente inmenso, á lo que nos envuelve y protege con su magnitud.—La helada, que parecía descender de la majestuosa bóveda salpicada de joyeles de pedrería, le sobrecogió; y la sensación glacial que recorrió sus venas y sus huesos se enlazó con la idea vagamente religiosa que descendía de los astros, de las constelaciones radiantes.

VI

ALBORADA

Sentada ante la mesa granítica, bajo el toldo claro de las acacias en flor, Minia Dumbria no acababa de resolverse á abrir el correo, y seguía enfrascada en un librote, cuya portada rezaba:—*Argos Divina.—Nuestra Señora de los Ojos grandes.*—El correo la producía fastidio, con los diarios que inunda la contradictoria información telegráfica, con las revistas también inficionadas de noticierismo intelectual, con el epistolario aburguesado por las postales; y siempre vaciaba, antes de sufrir el chaparrón de papel.

Acertó á pasar la baronesa, empuñando su tijera de podar y su navaja de injertar.

—Tienes ahí exclamó—una carta de Silvio Lago. ¿Por qué no la abres?

—¡Verdad!—respondió la compositora.—Y ya no está en Busot. El timbre es de Madrid.

Rompió el sobre y descifró la epístola, de esa letra rasgueada, dibujada, que es la letra de tantos pintores.

—No ha mejorado—advirtió Minia.—Cansancio, sudores copiosos, inapetencia, destemplanza... En Busot debió de ser alta la fiebre... Dice que de no-